

Son menos de temer los malvados por sus vicios que por las virtudes de que están dotados. La cobardía de los hombres es á veces la única moral que les impide ejecutar lo malo, y en cambio en el criminal sólo hay que temer una cosa: su valor.

## X.

## El preso.

Los viejos edificios de la Prefectura han cambiado de fisonomía. Ha desaparecido aquel rincón de París siniestro y negro, aquel barrio sombrío de la calle de Jerusalén.

La blanca piedra ha reemplazado á las construcciones negras y sucias. Parece que aquellas calles, centro de la policía, han experimentado la necesidad de lavarse de todas las manchas que los siglos habían aglomerado en ellas. Pero hágase lo que se quiera, aquel barrio huele á crimen y conserva como una mancha su viejo renombre y su fisonomía característica.

Las casas desaparecen, pero el olor queda. Cambia el decorado, pero en aquel negro medio se agitan los mismos personajes. Las chirriadoras

plumas continúan corriendo sobre el papel sellado detrás de las enrejadas ventanas. Se ve en los cuartos bajos un verdadero diluvio de empleados, encorvados, como partidos en dos, encima de sus pupitres, que escriben no se sabe qué para no se sabe quién. Las callejuelas que reúnen los dos muelles ven desfilar, como otras tantas larvas inquietantes, rostros duros y sospechosos, fisonomías de delatores ó de agentes varios de los tribunales.

Cualquiera se perdería en aquel dédalo de corredores y de caminitos vermiculares, por los que no podrían pasar dos hombres de frente. Una callejuela que conduce desde el depósito á la escalerilla del departamento de la policía correccional, lleva á una pequeña puerta, ó por mejor decir, á una abertura practicada en la muralla que da al patio llamado de la Saine-Chapelle. Allí, á dos pasos del monumento gótico, en un rincón de aquel patio, se encuentra otra escalerilla que conduce á una especie de portería, de aspecto lúgubre y cómico á la vez, sobre la que se ve pintada en letras negras esta inscripción: *Petit Parquet* (1).

(1) Pequeño estrado.

A este *Petit Parquet* es adonde van diariamente á parar todas las inquietudes, todas las miserias y todos los vicios de los pobres. Allí es donde pueden obtenerse noticias de los que han sido detenidos ó presos.

Allí acuden temblorosos los parientes de todos los arrestados, inocentes ó culpables, á preguntar lo que se ha hecho de ellos. Es un desfile que inquieta y conmueve. Los amigos y las queridas de los abonados á la cárcel van al *Petit Parquet* como los *detritus* de las grandes poblaciones van á las cloacas. Los hijos, las mujeres y las madres de los infelices presos con motivo ó sin él van también allí á pedir justicia. Ignoran los pobres que allí sólo se dan noticias de los detenidos.

Muchos días después de la prisión de Rambert subieron aquellos escalones un hombre y una mujer. El hombre iba alegre, la mujer inquieta y triste.

Él era delgado y pálido, vestía elegantemente y tenía aspecto de singular firmeza y decisión, y una especie de llama maléfica en los ojos. Los rasgos de su fisonomía, de una regularidad perfecta, eran enérgicos y duros. Su nariz era partida como las de los perros de caza. Grandes y fulminantes ojos agujereaban aquella pálida fisonomía. Al reir

dejaba ver unos dientes blancos, puntiagudos como los de un animal carnívoro. Su traje, que no era el del obrero ni el del trabajador que compra á costa de grandes fatigas su vestido de día de fiesta, ni el del elegante, tenía esa especie de distinción facticia de los *dandys* de los bailes públicos y de los paseantes de los barrios populares.

La mujer era joven, morena, regordeta, con labios rojos, dientes blancos, piel tersa y grandes pendientes de oro. Sus párpados se bajaban como con timidez sobre sus ojos negros y vivos. Miraba en su alrededor casi con miedo.

Pasa delante, Marta — dijo el hombre al llegar á la entrada de la escalera del *Petit Parquet*. — Yo no soy más que un intruso. Vé tú á pedir noticias de tu señor y dueño.

La mujer tuvo un movimiento de duda y miró turbada á su compañero, como miraría un animal domado que quisiera sacudir su dominación, su yugo, sin atreverse á hacerlo. Se veía también en su aspecto una especie de timidez reflexiva, como un remordimiento.

— Entra, pues — continuó el hombre. — ¿Por qué dudas? ¿Temes encontrarle aquí?

— No, no ha de estar en este sitio — replicó ella.

Y subió la escalera con paso rápido como para

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1625 MONTERREY, MEXICO

aturdirse, volviendo la cabeza de cuando en cuando hacia el hombre que, con las manos en los bolsillos y alzando las espaldas, la contemplaba como diciendo: «¡Si serás tonta!»

La mujer empujó la puerta, entró y se encontró en presencia de un viejo con anteojos, que comía tranquilamente un pedazo de salchicha en tanto que leía un periódico.

—Caballero— balbuceó ella— desearía tener noticias de..... un preso.

—¿Cómo se llama?

—Noel Rambert.

El viejo puso la salchicha sobre el periódico y miró á aquella mujer con curiosidad, como se mira al actor de un drama que interesa.

Se quitó los anteojos, los limpió, se los volvió á poner y miró de nuevo á la recién venida.

—¿Es usted parienta suya?—preguntó.

—Sí..... soy..... la madre de su hijo.....

—Ya. Su mujer.

—No..... Era..... Era su querida.

—¡ Ah! ¡ ah! —exclamó el viejo con aire de importancia que parecía decir: «Entonces, no estará usted mucho tiempo en libertad.»

—¿Y qué diablos quiere usted á Noel Rambert?  
¿Está usted aún interesada por él?

Marta Hardy miró á la puerta temiendo que la espíase Gobergeau, y luego contestó en voz baja:

—Sí, lo confieso..... Le he dejado..... pero le quise..... mucho..... Además, está de por medio..... el niño. Nos separamos, y cada cual se fué por su lado. No podíamos vivir juntos. Me extraña, sin embargo, que haya acabado tan mal, á pesar de que siempre fué violento, terrible. ¡Si hubiera usted visto cómo me miró la última vez que nos vimos! Creo que me hubiera matado.....

En aquel momento asomó por la puerta la pálida cabeza del acompañante que había quedado abajo, y dijo:

—¿Has terminado, Marta?

—Sí, ya he acabado.

El viejo se limitó á contestar que no tenía atribuciones para permitir que hablaran á Rambert.

—¡Si yo no quiero hablarle! —exclamó Marta aterrORIZADA.

—¿Pues qué quiere usted entonces?

—Preguntarle, por medio del carcelero, qué es lo que ha hecho del niño.

—Pues sea eso ú otra cosa lo que usted desee, no es de mi incumbencia. Por lo demás, si quiere usted noticias precisas de ese hombre, allí tiene usted á su abogado que baja del tribunal. Aquel

bajito, rubio (y se lo enseñaba á través de los vidrios), que limpia los anteojos. No tiene usted más que preguntarle.

—Pues anda, mujer, preguntale,—dijo el de la nariz de perro de caza.

Al interrogar al abogado de Noel, Marta se conmovió profundamente; la parecía que el joven letrado la miraba con la misma indignación con que lo hizo Rambert en su última entrevista.

Pero en esta apreciación suya se equivocaba por completo. Era Mr. Merlin, uno de esos personajes fríos é indiferentes, que no veía en lo que era una herida sangrienta para una familia y una cuestión de vida ó muerte para un hombre, mas que el modo de adquirir un nombre, de obtener un éxito, de procurarse una fortuna. Nombrado de oficio para la defensa de Noel, se preocupaba poco de que el acusado fuera inocente ó culpable; lo importante para él era lo ruidoso del proceso.

Respondió con la cortesanía de un hombre de Estado á las preguntas de Marta. La conocía de nombre, porque Noel le había contado su historia.

Por él supo Marta que Rambert sentía por ella esa especie de odio amortiguado que parece nacer del desden y de la honradez burlada, y también

que Santiaguito había sido confiado á los cuidados de Pascual Arthet.

Creyó, pues, inútil insistir, comprendiendo que la resolución de Noel era definitiva, y que ella no existía para Rambert, que había buscado para su hijo una especie de tutor, como si fuese huérfano, como si no tuviese madre.

—¡Mía es la culpa!—dijo tristemente, bajando la cabeza.

Y sintió que se la oprimía el corazón y que se humedecían sus ojos. Era el eco de aquel pasado tan grato para ella. Las conciencias que vacilan, como las gentes que caen á una sima, se agarran á cualquier objeto, á cualquier rama, á cualquier raíz.

Marta pensó de pronto en lo que había sido y en lo que era en la actualidad, y respondió maquinalmente y balbuceando al abogado:

—Muchas gracias, caballero.

Y luego, en voz baja y con timidez, añadió, ó por mejor decir, deslizó esta pregunta:

—¿Y cree usted que la condena que le impongan sea muy severa?

—Si salva la cabeza, puede darse por satisfecho—respondió el joven dándose importancia.

—¡Matarle!.... ¡Dios mío!.... ¡Y sin embargo,

es inocente! Estoy segura de ello. Créalo usted: es incapaz de robar á nadie.

Pronunció todas estas palabras sin pensar. La Marta de otros tiempos dejaba escapar el grito de su conciencia, de su admiración, de aquel amor que ella había manchado, y la nueva Marta tembló de repente al ver la satisfacción irónica que expresaba el semblante de Gobergeau.

Éste, que reía con malignidad, la tendió el brazo, y saludando á Mr. Merlín, arrastró á aquella pobre mujer, cuya honradez, despierta por los acontecimientos, protestaba de la inocencia del pobre diablo á quien había hecho traición.

—Vaya, basta de sentimentalismo y de Jeremiadas, Marta—decía Gobergeau;—aun te quedo yo.

Mr. Merlín los vió dirigirse hacia la calle y desaparecer por la parte del muelle, él burlón y contento, tratando de hacerla olvidar, y ella diciéndose, preguntándose:

—¿Y Santiaguito? ¿Y Santiaguito? ¿No tengo, pues, el derecho de ser madre?

La pobre había comprendido bien, á través de las incoloras palabras del abogado, el desprecio que por ella sentía Rambert. En efecto, la única idea que endulzaba el cautiverio de Noel era la de

que su hijo no se encontraba en poder de aquella mujer. Estaba seguro de que Arthet no había de acceder á sus reclamaciones, si por acaso se atreviese á hacerlas.

Pero el pobre hombre sufría horriblemente en lo moral y en lo físico. Cada día que pasaba perdía algo de su energía y de su fe. No respondía á su abogado más que por monosílabos. Sus entrevistas con aquel joven frío y pálido, que no le entendía y que dudaba de él tanto ó más que el juez de instrucción, le martirizaban. Le veían enfermo, le oían toser; por la noche salía de su garganta una especie de silbido doloroso; le encontraban fatigado y encorvado.

Llamaban al médico, que le preguntaba:

—¿Está usted enfermo?

—No; es poca cosa; ya pasará.

Por la noche tenía horribles pesadillas. Se volvía y revolvía en su lecho, y se despertaba sobresaltado, con los cabellos pegados á la frente por copioso sudor.

Estaba demacrado, de color plomizo, y sus ojos brillaban de un modo especial.

Al visitarle el médico una mañana, murmuró estas dos palabras: *tisis galopante*. Le preguntaron si quería ser trasladado á la enfermería.

—No—contestó él;—me encuentro mejor aquí, porque estoy más solo.

Y añadió:

—¡Qué cuidado se toma usted por mí! ¡Es bien extraño! ¿Será acaso porque cree usted que he matado á un hombre? Yo sé, sin embargo, de muchos pobres que sufren más que yo, que agonizan y que no tienen enfermeros.

Todos los que en París contemplan de lejos, como un espectáculo, los dramas de los tribunales, los curiosos del crimen, creían cierta la culpabilidad de Rambert. Había sido aquel, para ellos, un asesinato vulgar, á que habían dado cierto interés el nombre de Laverdac y la posición que éste se había ya conquistado en el mundo artístico.

Habían asistido á sus funerales infinidad de músicos, pintores y escritores. Madame Laverdac, pálida y severa, había insistido, á pesar de todas las súplicas, en acompañar al cadáver de su hijo hasta el borde de la tumba. El espectáculo de aquella pobre madre en la dolorosa ceremonia, escuchando aquellos cánticos nasales, sufriendo durante los largos oficios y mirando con enrojecidos ojos el agujero adonde había de reposar su hijo, habían emocionado vivamente á aquella concurrencia.

Todos estos detalles, con el de la vuelta á su casa de la infeliz madre reclamando á gritos con locura á su hijo, á quien no había de volver á ver, se habían sabido y comentado, y el interés público, excitado por aquel dolor maternal, se amontonaba, formando una especie de nube de odio y reprobación en derredor de Rambert.

Tal vez sólo un hombre, además de Mortal, creía en la inocencia de Rambert: éste era Pascual Arthet.

Arthet se había considerado dichoso al recoger en el doloroso camino de Rambert á Santiaguito abandonado. Se consagró á él; se impuso la tarea de apartar de las ideas del niño la imagen de su padre. Pero le era imposible lograrlo. La raíz de amor que unía al ser débil y al ser fuerte, á Noel y á Santiaguito, había prendido tan fuertemente en el corazón del niño como en el del hombre. Santiaguito suspiraba constantemente, se acumulaban las lágrimas en sus ojos y pronunciaba con expresión singular, llena de angustias, este nombre, esta palabra tan musical, tan encantadora, la segunda que el pequeño ser pronuncia después de sus primeros vagidos: ¡Papá!

La primera, ¡Mamá! estaba demás en el diccionario para el desgraciado Santiaguito.

Arthet le veía con frecuencia pálido y preocupado, y observaba que por aquel rostro exangüe de niño nervioso pasaban á veces pensamientos de hombre formal, preocupaciones sombrías é inquietudes razonadas.

—¿En qué piensas? — le preguntaba entonces Pascual.

—En mí papá.

—No pienses en él. Está de viaje. Ya vendrá.

—No está de viaje—decía Santiaguito. —Está en la cárcel y le tratan mal.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Yo lo sé.

Y el pequeño caía de nuevo en sus meditaciones taciturnas, durante las cuales, inmóvil, mudo, con los ojos muy abiertos y fijos, miraba cosas invisibles y parecía acometido de una especie de catalepsia que el doctor Arthet estudiaba y que empezaba á preocuparle.

Persuadido Arthet de que Rambert era víctima de alguna espantosa equivocación, de alguna acusación falsa, se prometía trabajar con ahínco hasta descubrir la verdad, y deseaba ante todo ver á Noel y darle noticias de Santiaguito. Encontró graves dificultades para poder ver al preso; pero por fin consiguió hablarle á través de las rejas que tan

crueles parecen á las familias que contemplan á alguno de sus individuos detrás de aquellos barrotes.

Arthet recordó sus días de prisión al contemplar á Noel tan pálido, tan abatido y tan anémico.

—Es preciso no abandonarse de ese modo—le dijo.—Usted sabe que se sale de todos los calabozos. ¿Está usted enfermo acaso?

—Sí..... tal vez..... no lo sé; y por otra parte, me es indiferente. No tengo más que una preocupación, una sola, y usted la conoce: la salud del niño.

Arthet le dijo que Santiaguito, aunque triste, estaba bueno y que él se encargaba de cuidarle.

—¿Habla alguna vez de mí?—preguntó Noel.

—Muy frecuentemente.

—¡Pobrecito!—dijo el padre moviendo tristemente la cabeza.—¿Cuándo podré volverle á llevar de paseo á las fortificaciones los domingos por la tarde, como lo hacía antes?

—El verano próximo podrá usted hacerlo de nuevo.

—¡El verano próximo! ¿Ignora usted, pues, la clase de tos que tengo? Me parece que tengo aquí un agujero, un gran agujero en lugar del pulmón.

¡El verano próximo! ¡Ya habré muerto!

—Vamos, déjese usted de tonterías.

—¡Oh! No me pesa. La vida es ya demasiado

pesada para mí. Ya estoy cansado. He trabajado como un negro y voy á morir como un perro. Esa es la perspectiva que me espera si salgo bien de este asunto. Si no, Cayena ó la guillotina.

—¡Está usted loco!

—¡Cortarme el cuello! ¡Estaría gracioso!—continuó Noel con risa corta y seca que terminó con un fuerte acceso de tos.—¡Yo guillotinado!

Aquellas terribles palabras impresionaron á Arthet, que conservó de esta visita una impresión de angustia dolorosa.

En cuanto al acusado, después de aquella corta alegría se volvió á dejar abatir por la enfermedad que le devoraba.

—Vamos—se decía algunas veces.—Es bien seguro..... Esto se acaba..... se acaba pronto.

Y añadía:

—Sentiría, sin embargo, no llegar hasta el fin del proceso. Si muriese antes de sentenciarlo, me creerían culpable. ¡Bonita herencia dejaría á mi Santiaguito! ¡Yo que quería hacerle rico! ¡Yo que tantas ilusiones había concebido para él! ¡Qué de castillos en el aire! Ahora ya nada puedo esperar. Nada dejaré, ni un solo cuarto. ¿Para qué puedo yo servir? No tengo siquiera el derecho de vender este pobre y miserable cuerpo á los escrutadores

de cadáveres. ¿Pues qué, es acaso mío? No; *es de ellos*.

Esta idea de la muerte próxima, del aislamiento terrible, de la pobreza legada á Santiaguito, no abandonaba un instante el cerebro de Rambert.

—Y bien—decía á menudo, ó por mejor decir, gritaba como si alguien le oyese.—¡viva la justicia distributiva de esta vida! ¡bravo por los repartos de la suerte! ¡Hay tantos y tantos malvados que pasean á estas horas su insolencia y su infamia por el mundo! ¡Pero tienen dinero en abundancia! ¡Plaza, plaza para ellos! ¡Suyos son los éxitos y las alegrías! ¡En cuanto á tí, vive si puedes, y si no, muérete! ¡Defiéndete, defiéndete, imbecil que te has dejado coger, por hacer el bien, en una ratonera en que había un crimen! ¡Ah! La verdad es que todo esto no puede definirse más que diciendo: ¡que es tan triste que parece gracioso!

Y la risa forzada del mártir resonaba de nuevo en la celda, cortada bruscamente por un acceso de tos que obligaba al infeliz á retorcerse y á llevarse ambas manos al pecho, que se le abrasaba, y en el que le parecía que le clavaban dos garras.